



Con la colaboración
de la UNIVERSIDAD
PONTIFICIA
DE SALAMANCA

SE211106

SUPLEMENTO
Vida Nueva

EDITORIAL

Maternidad migrante



La foto de **Fati** y **Marie** tiradas en la arena y sin vida dio la vuelta al mundo. Madre e hija murieron de sed y penurias en el desierto entre Túnez y Libia. Un desierto que la periodista marroquí **Karima Moual** definió como “un frente de guerra sin bombas, una fosa común equivalente al mar Mediterráneo”. Fati, a quien la escritora y poeta **Maria Grazia Calandrone** dedica un poema, (publicado por primera vez aquí, en *Donne Chiesa Mondo*), es solo uno de los rostros de la “maternidad migrante” de las madres víctimas de la emigración. Madres que se enfrentan al mar y al desierto, a la persecución y a los campos de detención, al hambre y la sed y a los peligros que provienen de los hombres y de la naturaleza, impulsadas por el deseo de dar a sus hijos una vida mejor.

Muchas madres migrantes probablemente habrían seguido ligadas a su destino si no hubiera habido un impulso de la cabeza y del corazón. Si el futuro de sus hijos no les hubiera convencido para abandonar su precaria seguridad. Es una realidad constatada: las estadísticas nos dicen que, hay más mujeres migrantes que hombres. Pero cuando hablamos de “maternidad migrante” no nos referimos solo a ellas. El dolor y el sufrimiento devastador de la migración también se manifiesta de otras maneras. Es la “maternidad migrante” la de las madres que no ven a los hijos que las dejaron en pos de un futuro mejor. Madres que permanecen en su hogar, pero privadas del amor y protección de quienes trajeron a este mundo. Madres invadidas por el dolor de no saber e imaginar lo peor: a sus hijos engullidos por la arena del desierto o tragados por las olas de un mar enemigo, sin haber llegado nunca a su destino.

Madres abandonadas y dolorosas como la de **Amadou** que con 15 años abandonó Mali y aterrizó en Sicilia tras atravesar Níger y Libia. Encontramos su historia en el libro *Anche Superman era un rifugiato* (*También Supermán era*

un refugiado) publicado por Bur y editado por Igiaba Scego y ACNUR Piamonte. La madre de Amadou, que hacía muchos años que no sabía nada de él, respondió cuando la llamó: “Déjame en paz, mi hijo está muerto”. Él explica que tuvo “que esforzarme mucho para hacerle entender que era yo, que era Amadou. Le conté detalles sobre nuestra vida que solo yo podía conocer. Y luego rompí a llorar”.

La madre de **Jereth Jaiteh**, un gambiano que ahora trabaja como mecánico en *Reggio Emilia*, también fue abandonada. Él había huido de la dictadura porque quería estudiar y ser libre. Ella le había insistido hasta el final para que no se fuera. Lo poco que tenían, incluso la limitación de la libertad, era preferible a lo que Jereth enfrentaría. Sabía de muchos que no habían regresado. Sabía de jóvenes que habían sufrido una violencia sin precedentes y que habían muerto. Los campos libios, el desierto, las torturas, las detenciones... sí, son noticias que llegan hasta los pueblos más remotos de Gambia. Llegan a todas las madres cuyos hijos se han ido solos y quizás en secreto, mujeres cuyas vidas están completamente desbaratadas y cuyo destino está marcado por la ausencia. Son madres abandonadas.

Dolorosa soledad

Las mujeres que se organizaron en *Terre pour tous*, una asociación de familiares de tunecinos desaparecidos en el Mediterráneo, buscaron una respuesta a esta dolorosa soledad. Entre ellas está **Leyla Akik**, la madre de **Youseff** que intentaba llegar a Italia. Leyla no sabe nada de su hijo desde hace más de tres años. “Él no está –dice– por eso mi lucha por saber la verdad es cada vez mayor y ahora me siento la madre de todos los jóvenes que desaparecen”.

También “maternidad migrante” es la de las mujeres que en sus países se encuentran actuando como madres de los hijos de quienes se han ido. Mujeres que asumen cargas y

DONNE CHIESA MONDO

Suplemento mensual

CONSEJO DE REDACCIÓN

RITANNA ARMENI
GABRIELLA BOTTANI
YVONNE DOHNA SCHLOBITTEN
CHIARA GIACCARDI
SHAHRZAD HOUSHMAND ZADEH
AMY-JILL LEVINE
GRAZIA LOPARCO
MARINELLA PERRONI
MARTA RODRÍGUEZ DÍAZ
CAROLA SUSANI
RITA PINCI (COORDINADORA)

EN REDACCIÓN

SILVIA GUIDI
VALERIA PENDENZA

Esta edición especial en castellano (traducción de ÁNGELES CONDE) se distribuye de forma conjunta con VIDA NUEVA y no se venderá por separado

www.osservatoreromano.va

responsabilidades. Que no escatiman en proteger a quien no puede ser protegido por su madre, obligado a emigrar. Que extienden su amor a quienes no nacieron de ellas, pero las necesitan. Cuidan a los hijos de su hermana, cuñada, prima, vecina, compartiendo con ellos lo poco que tienen. Familias extensas que no presumen de modernidad alguna y que reparan los daños de una migración que no tiene en cuenta los afectos y vínculos familiares. Son madres sustitutas.

Es “maternidad migrante” la de quienes dejan a sus hijos y se van precisamente para garantizarles un futuro mejor. Saben que se están exponiendo a un peligro enorme. Que para ellas la violencia y la violación acechan junto con las privaciones. Que el precio a pagar puede ser muy alto. A veces se convierten en madres durante el viaje y no saben quién es el padre de los nuevos hijos que, pese a todo, darán a luz y amarán. Como narran Fiore, una joven eritrea de 24 años, y **Fassiuta Giomande**, una mujer marfileña de 41 años, que llegó directamente a la maternidad del hospital de Palermo procedente del barco Diciotti de la Guardia Costera italiana. Fiore dejó a una hija en su pueblo de Eritrea tres años antes, y su marido está en Suiza. Primero se fue a trabajar a Sudán, donde fue violada. Luego partió hacia Libia, donde quedó embarazada.

Fassiuta se vio obligada a abandonar a seis niños en Costa de Marfil. La que alumbró en Palermo es la séptima. “Alguien quizás pensará que no soy una buena madre, pero me fui para garantizar a mis hijos un futuro mejor. Espero volver a abrazarlos, dejarles conocer a su hermanita, para poder vivir todos juntos una vida digna. ¿Estoy pidiendo demasiado?”. No hay mayor dolor y contradicción que el de una madre que deja a sus hijos por amor a ellos. Son madres interrumpidas.

Prefieren llevárselos

Por eso muchas prefieren llevárselos. Incluso los más pequeños, incluso los que aún llevan en su vientre. En el desierto y en el mar pueden encontrar la muerte dejándolos huérfanos. Por eso, su única esperanza es que encuentren hombres y mujeres de buena voluntad. Un día, en Lampedusa, un joven de menos de 18 años procedente del África subsahariana, llegó de la mano de un niño de unos tres años. “No sé quién es el. Lo encontré en el desierto, estaba solo, abandonado. Lo llevé conmigo para salvarlo e hicimos el viaje juntos, pero no es de mi familia”,



La Virgen del manto de los refugiados

“La Virgen de Loreto en el manto de los refugiados”, es obra de Margherita Gallucci, quien amablemente la ha prestado para Donne Chiesa Mondo. La Virgen de Loreto también tiene gran significado para los migrantes. El Papa ha incluido la advocación “Solacium migranum” (socorro de los inmigrantes) en las letanías de Loreto. La fiesta litúrgica es el 10 de diciembre, en memoria de la llegada de la Santa Casa de Nazaret a Loreto desde Palestina. La Casa de la Virgen María fue transportada prodigiosamente por los ángeles la noche del 9 al 10 de diciembre de 1294. La estatua del santuario es una Virgen Negra. Algunas imágenes de este número han sido cedidas por las organizaciones humanitarias que rescatan a migrantes, los asisten y los llevan a un lugar seguro. Hombres, mujeres, personas mayores y menores son salvados con barcos de SOS Méditerranée, Open Arms, Meditarreanea Saving Humans. Una humanidad que huye de la pobreza, de las dictaduras o de la violencia y que sueña con un futuro mejor. Mujeres embarazadas, agotadas por la travesía en buques destartados, se suben a bordo y dan a luz en ellos. Son testimonios de sufrimiento, de dolor, de cansancio y también de esperanza.

explicaba el joven a los voluntarios de la Cruz Roja y a la policía. Los trabajadores de *Save the Children* aseguran que esto pasa a veces porque los menores son dramáticamente separados de sus padres durante los momentos de confusión en la partida, o porque los propios padres se los confían a un conocido para realizar la travesía

Las imágenes nos muestran los rostros de mujeres embarazadas aterradas tras largas horas en el mar. Frágiles, pero conscientes de que sin un acto de valentía su criatura no tendrá un futuro. A veces, estas valientes madres mueren al dar a luz a sus hijos. Como **Sephora Niangane**, que murió sola en Brindisi tras dar a luz a una niña. Dos días antes había sido rescatada en el mar por el barco *Geo Barents* de Médicos Sin Fronteras. No llevaba documentos consigo, además de su nombre dijo que tenía 24 años y que venía de Burkina Faso. Los niños se les pierden porque se les escapan de los brazos y caen al mar. En Lampedusa hay quien recuerda el largo y silencioso llanto de la madre que ni siquiera tenía 18 años junto al cuerpo inerte de su hija de 5 meses. Ella y la niña llegaron a pocos kilómetros de la costa, pero entonces el barco de madera que las transportaba volcó.

En un barco procedente de Antalya, Turquía, a unas 71 millas de Libia, tres niños murieron de sed: **Haret** de tres años, **Hudaifa** de dos años y **Motaz** de 12 años. “La madre de Hudaifa lo lavó y le cambió la ropa sucia. Luego lo perfumó y, con sus propias manos, lo entregó al mar”, informaba la agencia *Gerta human reports*.

¿Y qué pasa con las madres cuando llegan a un país extranjero con o sin sus hijos? ¿Llegan a realizar algunas de las aspiraciones por las que se han enfrentado al peligro y al dolor? ¿Se tiene en cuenta su condición de madres en el país al que llegan? Por desgracia, las respuestas a estas preguntas no son reconfortantes. Sin el idioma, algunas permanecen solas y aisladas, experimentando la frialdad de una sociedad que no las esperaba. En los países de llegada no existe una red familiar de ayuda mutua y no hay cultura comunitaria. Y nosotros, que pedimos a estas mujeres que cuiden de nuestros hijos y de nuestros ancianos, muchas veces nos olvidamos que ellas también tienen una familia. Quizá esté aquí, pero está dividida porque los hombres y las mujeres están separados trabajando en familias o ciudades distintas.

“Las mujeres migrantes llevan en su propia carne experiencias dramáticas”. Son palabras del Papa **Francisco**.

La letanía de María, consuelo de los migrantes

La apuesta de Francisco no es un elogio, sino una súplica

MARINELLA PERRONI

No hay duda de que la maternidad es un tema teológico que abarca otros como la antropología y la mariología, la teología bíblica y la eclesiología. ¿Se puede decir lo mismo de la “maternidad migrante”? ¿Existe una mirada teológica con la que es posible analizar una de las tragedias de nuestro tiempo? Como siempre que se trata de mujeres, se trata de una tragedia: es difícil olvidar las imágenes de madres que ven morir a sus hijos recién nacidos en el mar, de bebés nacidos en botes salvavidas o, incluso, de madres que, para salvarlos, entregan a sus hijos a alguien que logró encontrar un hueco en un barco. ¿Qué puede decir la teología sobre todo esto?

Es necesario cambiar la perspectiva y preguntarnos: ¿qué puede decir a la teología el drama de la maternidad migrante? Es una de las grandes e incommensurables tragedias de nuestro tiempo, que se suma a otras que ahora se han vuelto permanentes, como la guerra y el hambre, y que, como creyentes, nos interpela profundamente. Sabemos bien cómo los gritos de dolor de la humanidad son motivo de escándalo para quienes han creído y esperado que Dios sea capaz de escuchar el grito de su pueblo y conozca su sufrimiento, como le había dicho a Moisés (Éxodo 3,7). Las páginas de la gran literatura de todos los tiempos están llenas de este escándalo, que se traduce en revuelta y rechazo.

Quizás sea posible seguir otros caminos. O, caminos más modestos. Menciono dos, sabiendo muy bien que no se trata

en modo alguno de proponer soluciones porque a veces puede resultar casi blasfemo pretender que la reflexión sobre Dios pueda convertirse en una especie de fármaco que, además, tenga una acción tópica.

Hago una primera sugerencia inspirada por la lectura del libro *Sisters Rejoice: Paul's Letter to the Philippians and Luke-Acts As Received by First Century Philippian Women*, un volumen que provoca un cambio en el punto de vista. La autora, **Lilian Portefaix**, biblista, propone releer la carta de **Pablo** a los cristianos de Filipos desde una nueva perspectiva: la de las mujeres de esa ciudad y, en concreto, la de las mujeres para quienes la maternidad representaba un verdadero drama. Pablo anunció el gozo de la salvación, pero ellas vivieron la maternidad como un destino social del que no podían esperar más que dolor y muerte.

Muerte por parto

En el siglo I la esperanza de vida de una mujer era muy bajo y la principal causa de muerte era el parto. Esto afectaba la vida de las demás mujeres, incluso las más jóvenes, que se encontraban teniendo que lidiar con situaciones familiares muy difíciles. ¿Qué significa proclamar el Evangelio a aquellas cuyas vidas están inmersas en la tragedia? ¿Existe una “reserva de alegría” a la que puedan acceder las mujeres para quienes el parto va acompañado de una tragedia como la de la migración? Solo ellas pueden responder y hacerse ellas mismas eco de ese anuncio de que la vida es más fuerte que la muerte.

Una segunda inspiración me viene de la decisión del Papa **Francisco** de introducir



otras tres advocaciones en la larga lista de letanías de **Loreto**, además de Madre de Misericordia y Madre de Esperanza incluyó *Solacium migrantum* (Consuelo de los migrantes). Advocación que se suma con las que se celebra a **María** no por lo que es (Madre, Virgen o Reina), sino por lo que puede hacer. No es un elogio, sino una súplica. Puede que no sea sorprendente si se considera que la historia de este pontificado se relaciona dramáticamente con la historia de un fenómeno migratorio de proporciones sin precedentes. ¿Qué significa que María pueda ser invocada, no solo como Salud de los enfermos, Refugio de los pecadores, Consoladora de los afligidos, o Auxiliadora de los cristianos, sino también como Consuelo de los migrantes?

Para algunos, la respuesta se remonta al carácter ejemplar de María que, según los Evangelios de los orígenes con los que **Mateo** y **Lucas**, ella misma habría sido una “migrante”. El primero nos la presenta, junto con **José** y el recién nacido, viajando a Egipto para escapar de la violencia de Herodes y el segundo la describe siempre en movimiento, hacia casa de **Isabel** o hacia Jerusalén para inscribirse en el censo.

Quizás, cuando quiso que en la larga lista de letanías de Loreto se incluyera también la imploración de María como consuelo de los migrantes, el Papa Francisco esperaba que cada vez que en cualquier parte del mundo se recitara el Rosario, la maternidad universal de María pudiera recordar a los creyentes el sufrimiento de las madres migrantes y la migración como signo de nuestros tiempos. ¿Podemos invocar a María para que sea el consuelo de los migrantes y, a la vez, cerrar nuestros corazones, nuestras fronteras, nuestras iglesias?





Nada explica mejor el destino de una mujer migrante que las palabras de aquella joven que un día, en un campo de concentración libio, dijo lo que ninguna mujer con un sueño diría jamás. “Quiero ser fea, cada día más fea. Así, pararán”. No hace falta explicar nada más. Tenía el pelo enmarañado, sus formas eran rudas y su mirada estaba perdida rememorando algún episodio de su vida de pesadilla. Era septiembre de 2017. Unos meses antes una delegación libia había llegado secretamente a Italia para negociar el precio de esas palabras, es decir, retener a los migrantes en campos de prisioneros, lugares que el Papa **Francisco** ha definido como “campos de concentración”.

Mientras esa joven barría una mezcla de arena y petróleo, contaba una historia. La de **Rodha** quien, como ella partió, desde Nigeria, donde las dunas se transforman en hierba y piedras y las milicias de Boko Haram compiten por lo que hay debajo, un elemento que necesitamos, sin ir más lejos, para contar esta historia y acelerar la velocidad de los procesadores que posibilitan nuestras comunicaciones. Rhoda ya no soportaba aquellas noches entregadas como trofeo a los milicianos. Y terminó con esa situación en cuanto pudo.

En otra latitud, la crónica nos lleva por otros rumbos y otras historias. La trampa de los Balcanes para los refugiados de las guerras del Oriente. Si la amiga de

La elección de la madre de Juniò

NELLO SCAVO

El gesto de una migrante libia por su familia habla de su entrega sin límites

Rhoda casi quería olvidar que era una mujer, aquí había quienes, por el contrario, se apoyaban en la feminidad para superar la mala suerte. Como **Aisha**, de 25 años y licenciada en Derecho en Damasco. Era una mañana con niebla, entre Serbia y Hungría. “Somos demasiados, no pueden retenernos aquí. Es cuestión de tiempo”, decía asegurándose de que cada palabra quedara registrada en las libretas de los periodistas. Le apetecía fumar, pero había cambiado el último paquete de cigarrillos por un esmalte de uñas y un labial a los que no quería renunciar.

“El que tenía se está acabando y yo quiero estar presentable”, explicaba. Sin ducharse durante varios días, para Aisha tener buen aspecto no era el capricho de una niña mimada. Cada vez que se pintaba los labios, Aisha nos recordaba a todos,

también a los hombres, que aquella odisea era solo un paréntesis. Que nada podría hacer que se convirtiera en lo que no era.

Desde el día en que la joven sucia y de piel oscura dijo que quería ser fea, las cosas no han cambiado en Libia. La *yihad* blasfema de los violadores libios tiene lugar todas las noches tras el regreso de los camiones de los traficantes. “Allah Akbar”, gritan mientras torturan a hombres y agreden a mujeres. Colocan un teléfono al lado de la víctima mientras la golpean cada vez más fuerte para que supliquen clemencia y más dinero a sus familiares que escuchan al otro lado de la línea. A veces son los hijos los que arman de valor a sus madres para hacer lo que hacen. Mujeres que toman decisiones que muchos no aprobarían. Pero hay que meterse en los zapatos rotos de una migrante con hijos a cuestas para, al menos, intentar comprender.

Hacerse fuerte

Separarse para intentar salvarse. Como la madre de **Juniò**, el gemelo de siete años que tuvo que hacerse fuerte en Libia. Lo era cada vez que tenía que posar para hacerse una foto y enviársela a su madre,



que entretanto había llegado a Italia en un barco. Juniò sonreía para la instantánea y eso tranquilizaba a su madre. A los siete años tuvo que demostrar que sabía mantener sus promesas. La primera: no dejarse vencer por el más desgarrador de los abandonos. Su madre nunca había perdido la esperanza. Decía que conocía a ese hijo suyo y que, aunque era un niño, Juniò no era de los que se entregaban a los malos. Allí en Zawyah, las autoridades internacionales estaban haciendo todo lo posible para ayudarlo y sacarle. ACNUR y la OIM lograron localizarle en una finca no lejos del centro de la prisión oficial, la del guardacostas-trafficante **Bija** y su primo **Osama**, los dueños de la vida y la muerte de los migrantes allí internados. En medio de los enfrentamientos armados entre las milicias, Juniò había desaparecido.

Comprendió que ya no era un niño la tarde en que mataron a su padre en Libia. Comprendió que tenía que ser un hombre la tarde de primavera en que su madre y su hermana gemela de siete años lo dejaron con una conocida marfileña. Ellas partieron hacia Europa en un bote. Quizás nunca más se volverían a ver. En su

corazón de madre, se abrió un abismo de dolor que tuvo que ocultar a la pequeña, mientras el contrabandista la arrojaba a la fuerza al bote en la playa de Zawyah.

Su amiga le había prometido que no se subiría a un barco y que nunca llevaría a Juniò. Semanas después, desde la nave humanitaria *Sea Watch*, una mujer migrante logró ponerse en contacto con la madre de Juniò: “Estamos a salvo, dicen que nos llevarán a Italia”.

Después de sobrevivir a los campos de prisioneros de Libia, la madre y los ge-

melos lograron obtener su libertad y se fueron a vivir con una mujer marfileña. No hay esperanza en Libia para las mujeres de color. Son agredidas en la calle, violadas o encarceladas a la fuerza. Ella no quería volver al infierno de una de las “prisiones de Osama”, como llaman los inmigrantes al infierno regentado por la milicia Nasr, la de **Abd al-Rahman Salem Ibrahim al-Milad** conocido como “Bija” y su primo Osama, considerado también por la justicia italiana como el principal torturador.

Llegar a Europa

Y la mujer tenía que cumplir la promesa que ella y su marido se habían hecho el uno al otro: ir a Europa y llorar, pero de alegría, lejos del hambre y de las armas que también en Costa de Marfil los habían obligado a buscar refugio en otros lugares. Europa era aquel lugar donde enseñarían a sus niños que se puede vivir sin tener que temer a la hoja del machete ni tener que mentir sobre el ruido de las armas que llegan del pueblo vecino.

“Sin mi marido, tenía que elegir. No podíamos quedarnos en Libia y no quería que toda mi familia muriera en el mar. Alguno de nosotros tenía que sobrevivir”. Y Juniò, un varón de casi siete años, era el único de los tres que, en su opinión, podría haberlo conseguido. No la niña, que allí no habría tenido ni tiempo de convertirse en joven antes de acabar en manos de no se sabe quién. No, la madre que ya había visto a muchas sufrir destino.

“Pero si mi hija y yo hubiéramos muerto en el mar, Juniò, habiendo permanecido en Libia, tal vez al menos habría vivido y crecido. Un hombre podría afrontar mejor esas dificultades y así habría quedado algo de nuestra familia en este mundo”. Estas palabras solo pueden pronunciarlas una mujer y una madre sin miedo a ser juzgada por ser mujer y madre. Y migrante.

En la mente y el corazón del periodista

“Hay que meterse en los zapatos rotos de una migrante con niños a cuestas para al menos intentar comprender”, escribe **Nello Scavo** que ha escrito reportajes desde zonas calientes del mundo como corresponsal especial de *Avvenire*, un periódico italiano de inspiración católica. Lugares como la antigua Yugoslavia, Camboya y el Sudeste Asiático, los países de la antigua URSS, América Latina, las fronteras más hostiles de Turquía y Siria, la Ruta de los Balcanes, el Cuerno de África y el Magreb. En septiembre de 2017 logró entrar en una prisión clandestina de traficantes libios revelando de primera mano las condiciones de los migrantes retenidos. Aquí habla de algunas mujeres inmigrantes que “se han quedado en mí para siempre”.

La frontera de los niños



Educar sobre el fenómeno migratorio ha de ser una prioridad

NADIA TERRANOVA

Hace unos años trabajé en la adaptación de *La Frontiera*, un hermoso libro de 2015 de **Alessandro Leogrande** que trata sobre migración. Lo adapté en una edición para adolescentes un poco más jóvenes que los que ya constituían el público natural del libro. Leogrande, escritor y periodista, murió prematuramente dos años después de la publicación de *La Frontiera*. Su texto, a medio camino entre el ensayo y el reportaje, marcó un punto de inflexión en la reflexión sobre las migraciones, hito del que ya no se podría volver atrás, al menos, literariamente dado que las opciones políticas parecen sordas a cualquier grito.

En el poco tiempo que tuvo, Leogrande había visitado muchas escuelas secundarias donde *La Frontiera* había sido leída y analizada. Los alumnos lo bombardeaban con preguntas y curiosidades que revelaban la necesidad de conocer mejor qué había sido de aquellos niños y jóvenes: ¿quiénes eran aquellos obligados a marcharse de sus hogares para salvar sus vidas? Algunos eran a veces sus mismos compañeros de clase. Para aquellos que no parecían muy interesados en las migraciones, la escritura empática de las páginas de este libro cambió su percepción. Al poner en el centro las historias de las personas y sus vidas y al dejar de lado los números considerándolos solo como el sustrato de lo que sucede,

Leogrande humanizó la noticia y la convirtió en literatura diaria y viva.

Transformar este texto no fue fácil, ya era perfecto en sí mismo, pero la madre de Alessandro y su editorial consideraron que era una pena excluir a los niños y jóvenes de una conversación que les concierne. Por eso, armada de humildad, comencé a releerlo y reescribirlo.

Hoy *La Frontiera* contada a los niños y jóvenes que sueñan con un mundo sin fronteras es un libro que sigue abriendo camino. La idea inicial se hizo realidad porque los niños de primaria o secundaria tienen hambre de esas historias. Quieren saber cuáles son las reglas del viaje, qué les sucede a quienes lo emprenden y quieren respuestas a preguntas que no siempre saben plantear como ¿cuál es el riesgo real de cruzar el Mediterráneo?, ¿es normal

hacer esto a pesar de que saben que pueden morir?, ¿los padres que acompañan a sus hijos o los envían solos no los quieren lo suficiente?, ¿cómo es el amor cuando se trata de salvar a alguien que no puede elegir por sí mismo.

A veces los profesores me llaman para responder preguntas después de que los chicos hayan leído el libro. Acepto, aunque no soy tan buena como Alessandro a la hora de indicar los motivos, de indagar en el sustrato de los sentimientos, en cómo cambian con las necesidades. Lo intento, incluso si no he escuchado las muchas historias que él escuchó, grabó y luego volvió a contar. Confío en lo que leí en su libro y he intentado reproducir en la edición abreviada.

Miro los rostros de los chavales, de aquellos que leyendo han entendido algo más del mundo, o de sí mismo y se han dado cuenta de la suerte de haber nacido en el lugar correcto. O en el lugar equivocado, es decir, en esa parte del mundo que permite esta desgracia y no encuentra soluciones para impedirla. Me digo a mí misma que debemos acoger las preguntas, que la tarea de los buenos libros es dejar preguntas, pero no es cierto. Porque no siempre las hay. En este caso las preguntas son abismos de culpa y responsabilidad, y no sentirse llamado a responder es una deserción imperdonable.

¿Por qué se hace viajar a los niños para que no mueran y a veces mueren de todos modos?

Alessandro Leogrande tenía las preguntas, pero no las respuestas. Sin embargo, nunca dejó de preguntar, sintiéndose avergonzado por todos nosotros cada vez que preguntaba, pero, al mismo tiempo, escribiendo contra la vergüenza del silencio.

La niña de Moria, en Lesbos

Hay miles de niños refugiados y migrantes no acompañados que viven en las islas griegas. Muchos han perdido a sus padres, hermanos, hermanas y amigos. Ya no tienen familia y han sido testigos de actos atroces de violencia que probablemente quedarán en su retina para siempre. La niña de la foto (©VaticanNews) estaba en el campo de refugiados de Moria, en Lesbos, una isla símbolo de la tragedia migratoria visitada dos veces por el Papa **Francisco**. El campo de refugiados, el más grande del viejo continente, ha llegado a albergar hasta a 20.000 personas. Le pedimos a **Nadia Terranova** que se inspirara en él para elaborar una reflexión. Escritora italiana, que alterna novelas clásicas con libros infantiles, ganó en 2022 el Premio Andersen al mejor libro para niños de entre 9 y 12 años.



La teología incómoda del Mediterráneo

El mar de las tres religiones es testigo de un éxodo imparable

ANNA STAROPOLI

Marsella, ciudad costera y portuaria, se parece a mi ciudad Palermo, en Sicilia, una isla en el corazón del Mediterráneo. Y son a la vez lugar de llegada y de acogida de migrantes en busca de una vida mejor. Los Encuentros del Mediterráneo en Marsella fueron una oportunidad para poner en común distintas historias migratorias, reflexiones teológicas y experiencias de diálogo intercultural. Por este motivo, con algunos profesores, en representación de la Facultad de Teología de Sicilia, junto con teólogos de las diferentes orillas del *Mare nostrum*, hemos elaborado y firmado el Manifiesto por una teología del Mediterráneo.

El Mediterráneo no solo es el mar en cuyas orillas nacieron las tres grandes religiones monoteístas: el islam, el judaísmo y el cristianismo, sino que también lo son las ciudades que asoman a sus orillas, ciudades cada vez más híbridas y complejas donde se mezclan diferentes culturas y religiones. Como teólogas, nos sentimos interrogadas por este panorama. No somos nosotras

quienes conformamos el contexto, sino que es el Mediterráneo el que nos obliga a escucharlo y nos indica nuestras responsabilidades éticas ante la historia. Nos habla de un cambio de época, de una nueva humanidad mestiza que conlleva valores comunes a las experiencias y vidas de las mujeres. Es un encuentro del que emerge una nueva forma de hacer teología a partir de los descartados de la humanidad.

El Mediterráneo pide que la teología sea humilde, “concreta”, no como un laboratorio sino capaz de atravesar las calles, barrios marginales y lugares de conflicto. Invita a que no sea neutral, sino capaz de posicionarse del lado de los más débiles y vencidos de la historia. Una teología de frontera, con un enfoque transgresor hacia las lógicas de poder y hegemonías geopolíticas que crean la esclavitud moderna. Es ese *Magnificat* de María encarnado en el Mediterráneo, en las heridas de las guerras que atraviesan sus costas desde la Franja de Gaza, hasta Siria o el Líbano, y las otras guerras del mundo. Es el *Magnificat* de las mujeres que lloran por sus hijos, de donde surge un gemido que pide ayuda y paz.

El testimonio de sor **Grazia**, que vive y enseña en el Líbano, se convierte en un pasaje imprescindible de reflexión sobre la necesidad de una teología que supere el “divorcio con la práctica”; que denuncie la falta de derechos universales y de ciudadanía plena en muchas partes del mundo; y que promueva la justicia social. Cuando no hay derechos reconocidos no puede haber diálogo interreligioso ni intercultural en reciprocidad, sino solo relaciones asimétricas de dominación entre un pueblo y otro que conducen a la violencia y a las guerras.

Mediadoras

La palabra Mediterráneo significa “entre las tierras”, la teología del “entre” es una teología capaz de mediar en los conflictos, que sabe escuchar y que no teme a la diversidad, acogiendo como elemento vital. Las mujeres mediterráneas han desarrollado un papel de mediación, una inteligencia relacional que las hace protagonistas desde abajo y desde sus contextos en la construcción de caminos de paz.

Al Palais du Pharo, los voluntarios de Mediterranea Saving Humans hablaron de la difícil tarea de salvar las vidas humanas de los naufragios. Plantearon una pregunta incómoda: ¿qué puede hacer la teología frente a este genocidio? Su testimonio es la clave para entender que en el corazón del Mediterráneo nos enfrentamos al misterio de algo más grande que nosotros: participar en la historia de la salvación del pueblo de Dios, convirtiéndonos evangélica y realmente en “pescadores de hombres”.

Las palabras del Papa **Francisco** son inequívocas: el Mediterráneo no puede transformarse “de cuna de la civilización a tumba de la dignidad”. El Mediterráneo pide a la teología que ponga las manos en las heridas de quienes sufren, como tantas mujeres que pasaron por los campos de concentración en Libia, víctimas de abusos y cuyas historias atesoramos como perlas preciosas. Al llegar a nuestras ciudades, su vida no es fácil, pero logran renacer con sus hijos y volver a tejer los hilos de sus vidas. La celebración conclusiva de los Encuentros del Mediterráneo fue la fiesta de los pueblos sin fronteras capaces de reconocerse en la belleza de la diversidad. “Sed un mar de bien para afrontar la pobreza de hoy con una sinergia de solidaridad; sed un puerto acogedor para abrazar a quienes buscan un futuro mejor; sed un faro de paz para atravesar, a través de la cultura del encuentro, los oscuros abismos de la violencia y la guerra (Papa Francisco)”.

Hombres exhaustos bajan del barco que los rescató. Hay una mujer con un bebé en brazos y una niña de la mano. “Debía tener diez años. Me acerqué con un muñeco. Su mirada se dirigió directamente hacia ese conejito de peluche. Y entonces esbozó la sonrisa más bonita que pueda existir”. Puede que hayas viajado por el mundo, hayas encontrado el sufrimiento en sus formas más trágicas, hayas escuchado mil historias, hayas compartido preocupaciones, pero siempre hay un rostro, un par de ojos o una palabra que te deja huella. Y a la que vuelves cuando necesitas hacer balance o simplemente recuperar el aliento.

Para sor **Carmen Elisa Bando** aquella niña fue importante porque “en ese momento desapareció el miedo, el frío y la violencia; era solo una niña que tenía que jugar”. “Reconocer a los demás como personas, defenderlos y velar por los derechos, es fundamental y hay que estar presentes en sus vidas cotidianas también”, afirma.

La religiosa de la Congregación Misionera de las Siervas del Espíritu Santo que hoy es coordinadora del proyecto intercongregacional de migración y refugiados de la Unión Internacional de Superiores Generales, argentina de 61 años, licenciada en ciencias de la educación y experta en animación juvenil. Estuvo en Taiwán durante 16 años donde trabajó en escuelas con chicas jóvenes, en las cárceles con adultos y con migrantes en situación irregular.

“En Taiwán descubrí este mundo de la migración, que está muy relacionado con la injusticia y la violación de los derechos: trabajo mal pagado, trata, prostitución, matrimonios concertados... Muchas veces son las mujeres las primeras afectadas”. En 2012 su Congregación, que la llamó a Roma para coordinar los sectores de Misión y Justicia, Paz y Salvaguardia de la Creación, se unió al proyecto “Comunidad de Hospitalidad” del Centro Astalli, que solicita a los conventos e institutos que abran sus puertas a los refugiados para que les ayuden a ser autónomos. “Hemos acogido a familias africanas, afganas, sirias...”. Cuando Carmen fue enviada a Atenas para ocuparse de la formación de otras jóvenes, colaboró con los jesuitas que allí se ocupan de migrantes y refugiados.

El proyecto intercongregacional de las Superiores generales comenzó en 2015, “pero en realidad nació dos años antes, el 3 de octubre de 2013, cuando se produjo el trágico naufragio frente a las costas de Lampedusa”. Carmen Bando estuvo



Religiosas en la trinchera

La UISG impulsa una red continental de integración

VITTORIA PRISCIANDARO

con sor **Fernanda Cristinelli**, hermana comboniana. “Estábamos reflexionando sobre el proyecto para el área de Justicia y Paz de la UISG. Nos quedamos impactadas por lo que estaba pasando en Sicilia. Entonces pensamos que como religiosas teníamos que trabajar en este campo”.

Puente de acogida

Con la aprobación de la UISG, pusimos en común las experiencias de las distintas congregaciones que trabajan con los migrantes y comenzamos con una experiencia que, en 2015, se convirtió en un signo profético coincidiendo con el 50 aniversario de la UISG: comunidades de religiosas de diferentes congregaciones empezaron a actuar como puente entre migrantes e instituciones en términos de acogida y necesidades inmediatas. Tres casas en Sicilia y la comunidad de Lampedusa. Allí, Carmen Bando ejerce una acogida directa en el muelle de Favalaro, un brazo de hormigón que hoy se ha convertido en un símbolo de las vidas salvadas en estos difíciles tiempos migratorios.

“Después de algunos años comprendimos que no podíamos limitarnos a Italia

porque la migración atraviesa todo el mundo y es un desafío enorme”, reflexiona la religiosa. Así comenzó hace tres años el proyecto internacional de la UISG. Está compuesto por una base de datos de las Congregaciones que trabajan en este campo; la cooperación con el Dicasterio para el Desarrollo Humano Integral, el Servicio Jesuita a Refugiados, el Centro Astalli, la sede italiana del JRS y el Instituto Scalabrini para las Migraciones Internacionales; y cursos de formación online y presenciales abiertos a todas las congregaciones.

Cuatro religiosas tejen la red a lo largo de los distintos continentes, intentando encontrar respuestas a las migraciones forzadas en lugares como la frontera entre Estados Unidos y México, España, Italia, América Latina y África. “En América Latina venimos trabajando juntas desde hace tiempo. África y Asia tienen realidades fragmentadas y en Europa se hace mucho pero cada uno por su lado. Queremos conectar a todas las Congregaciones para crear una conciencia y una cultura común”, afirma Bando, que anuncia su intención de celebrar en 2024 un simposio sobre reflexión teológica y respuesta a la migración. “Como religiosas, es más fácil establecer una relación que no necesaria-



El monumento a los pies de San Pedro

Representa a un grupo de 140 inmigrantes de distintas culturas y diferentes períodos históricos en una escultura de bronce de 6 metros de largo titulada *Angels Unwares*, creada por el artista canadiense **Timothy Schmalz**, por sugerencia del cardenal **Michael Czerny**, actual prefecto del Dicasterio para el Servicio al Desarrollo Humano Integral. Desde 2019 se encuentra frente a la Basílica de San Pedro. **Francisco** dice que quería que estuviera allí, en medio de la plaza, el centro del mundo y del cristianismo, “para que recuerde a todos la invitación evangélica de la acogida”.

mente pasa por las palabras, especialmente con las mujeres”.

Carmen recuerda a **Fátima**, una joven afgana que conoció en Atenas. “Me ocupaba de la formación. Ella, que tenía dos hijos y estaba embarazada, hizo todos los cursos y trabajó mucho. Después de que nació el niño completó sus estudios. El día que le entregaron el certificado de asistencia estaba enferma. Yo se lo llevé donde estaba hospitalizada. La alegría que vi en sus ojos decía que ese papel, que para nosotros se da por sentado, era el reconocimiento de su lucha por ser considerada una persona reconocida en su dignidad. Y esto es lo que marca la diferencia en la vida de cada uno de nosotros”.

Los tres ángeles custodios del muelle

Una comunidad religiosa lidera la acogida en Lampedusa

VITO D'ETTORRE

Cuando un barco de inmigrantes está a punto de llegar a Lampedusa, tres monjas se dirigen inmediatamente al muelle de Favalaro. Sor **Inés Gizzatorelli**, sor **Danila Antunovic** y sor **Rufina Pinto** caminan a paso rápido por toda la calle principal para llegar al puerto y acoger a quienes han cruzado el Mediterráneo en busca de esperanza.

“Cuando llegan a tierra están aterrizados. Han viajado durante doce horas en botes inflables que apenas se mantienen a flote. Llegan sucios porque durante la travesía hacen sus necesidades dentro del barco, y tienen quemaduras provocadas por el combustible”, dice Danila, croata, consagrada de las Hermanas de la Caridad de la Santa Cruz. Es una de las tres monjas que la UISG envió a Lampedusa. Junto a ella Rufina, india y de la misma congregación, e Inés, americana, religiosa del Sagrado Corazón de María. Trabajan en nombre de la parroquia y con las ONG presentes en la isla.

La llegada de barcos no cesa en Lampedusa. Las lanchas neumáticas parten de Libia y Túnez y llevan a bordo personas de Siria, Afganistán y el África subsahariana. Llevan a sus espaldas semanas, incluso meses, de viajes por el desierto, y algunos hasta han cruzado las montañas de Irán. Vendieron todo lo que tenían para pagar a los traficantes de seres humanos. Las familias más pobres se endeudaron para pagar el viaje.

“Cuando recibimos a los migrantes en el muelle, mientras esperan el autobús que los llevará al centro de acogida —explica Danila— hablamos con ellos. Les cuesta contarnos el viaje que han hecho y muchos rompen a llorar. Les decimos que ya no tienen que tener miedo, que podrán recibir atención médica y que están a salvo”. Hablar es importante, por eso, para este proyecto la UISG siempre está buscando hermanas que sepan hablar inglés, árabe e italiano.

“La primera vez que fui al muelle fue impactante. Yo había llegado no hacía mucho del sur de la India. Ese día llegó una embarcación con decenas de migrantes, hombres y mujeres. A algunos les pregunté: ‘¿por qué has venido aquí?’

‘Para tener una vida mejor’, respondían. En su país hay pobreza, hambre y no hay escuelas para los niños. Realidades que no imaginamos en Europa” dice Rufina.

A mediados de septiembre, ocho mil migrantes llegaron a Lampedusa en pocos días. Los habitantes de la isla son alrededor de cuatro mil. “Intentamos acoger a todos —recuerda Danila— pero no había comida suficiente. Los habitantes de Lampedusa pusieron a disposición todo lo que tenían en casa para alimentar a esta pobre gente”.

Un día, al amanecer, llegaron en un barco dos mujeres sirias en sillas de ruedas que habían huido de Damasco para recibir un tratamiento adecuado para la enfermedad neurodegenerativa que las aqueja. La primera atención que recibieron, nada más desembarcar fue una caricia y una sonrisa de sor Rufina.

“Lo que más me entristece —dice— es ver enfermos, mujeres y niños. Por sus ojos entendemos la carga de desesperación que los impulsa a viajar. Aquí vienen muchas mujeres que acaban de dar a luz. Otras llevan en sus brazos a sus bebés con



pocos días de vida. A otras tenemos que llevarlas corriendo al hospital porque están a punto de dar a luz”. “Pregunté a una madre: ‘¿por qué emprendiste un viaje tan difícil?’ Ella me respondió: ‘por una vida mejor, porque no me violarán de nuevo y porque mi hijo no crecerá en medio de la guerra’.

Rufina recuerda “a una madre embarazada que llegó con un niño de dos años y otro de cinco meses. Venía del Congo y me dijo que si se hubiera quedado en su país la habrían matado. Y que buscaría trabajo porque necesitaba pagar el viaje de su marido que se quedaba en Libia. El dinero que tenían solo les alcanzó para pagar el viaje de ella y sus hijos”.

Fati Dosso tenía 30 años y Marie solo 6. Eran madre e hija y murieron abrazadas casi hundidas en la arena, en julio de 2023. El marido y padre les había pedido que lo dejaran atrás porque ya no tenía fuerzas para continuar caminando por el desierto después de pasar días vagando sin agua ni comida. En realidad, Fati se llamaba Matyla y había adoptado un nuevo nombre para protegerse de una posible persecución religiosa. Era marfileña y había vivido en Libia durante los últimos cinco años tras huir de su país. En el campo de Qarabulli había conocido a su marido Meengue Nymbilo Crepin, apodado Pato, un camerunés de treinta años, rescatado y salvado en el desierto por tres jóvenes sudaneses. Pato fue recibido por el Papa Francisco en noviembre. Le habló de los sueños y la desesperación de una joven familia que solo intentaba buscar la felicidad. La fotografía, convertida en símbolo de la tragedia en acto en el desierto entre Libia y Túnez, inspiró los versos de Maria Grazia Calandrone, escritora, poeta y dramaturga.

Las sandalias de Fati



Las sandalias abandonadas de Fati
que casi no se ven en la foto, hablan de una mujer
tumbada para morir como si fuera a dormir.
Le habrá dicho a Marie
que mamá tenía que descansar.
Y Marie se ha tumbado junto a ella
como si estuviera viva, como hacían en casa.
Pero, esta vez
mamá no abraza, no puede hacerlo más.
Los pies enrojecidos e hinchados de Marie
contrastan
con sus bellas trencitas, como las de su madre.
Juntas
han dado la espalda a un mundo
que no las quería. Y así se han ido juntas.

Maria Grazia Calandrone

Mi nacimiento fue un milagro. Un milagro queapestaba a aceite, a sudor y a miedo.

Los milagros así siempre apestan antes de que huelan a vida. Apestan a excrementos y a vómitos, a hambre y a pobreza. El primer olor de mi vida es el de la huida. Dicen que nacer, vivir y morir es un viaje. Yo antes de venir al mundo ya había navegado en dos naves. La primera se llama *Maman* en francés; *Yaay* en wolof; *Mom* en inglés; *Mama* en suajili; *Ba* en bambara; y *Mamma*, en italiano. En la nave que llamo *Mamá* flotaba en silencio y al calor. Al principio no sabía que mi nave estaba por montar en otra nave. La segunda nave era ruidosa, se movía con el viento y las olas y estaba cargada con demasiadas personas acompañadas por el miedo, la rabia, la muerte y la esperanza.

En mi nave-mamá estaba yo sola y el mundo éramos ella y yo.

He conocido el hambre cuando me pidió que tuviera paciencia. Yo no hacía más que comer de mi dulce madre, pero ella hacía días que no probaba bocado.

Ha tenido sed y también a mí me parecía que no había bastante agua. ¿Te puedes ahogar en la nave que te transporta? Conocí el miedo y la rabia porque, como las tormentas, llegaban hasta donde yo estaba protegida y salvaguardada.

Las primeras olas no eran tan distintas a las que ya conocía, casi me mecían. Porque mi nave, aunque se quejara y sintiera dolor, siempre era segura.

Mientras pasábamos por las olas yo todavía no sabía que tenía que nacer, aunque los truenos me anunciaran un cambio y hubiera dejado de escuchar solo la voz que me cantaba y me contaba historias. Empecé a oír muchas voces, muchos llantos que irrumpieron en mi noche tornada roja y oscura.

No sé cuándo Desesperación ha llamado a nuestra puerta. No me di cuenta, pero llegó con sus manos huesudas para decirme con esa voz

Me llamo Milagro



ANTONELLA CILENTO

La niña nacida en el barco de rescate en el Mediterráneo

aterradora: Sabes, tu madre no va a poder salvarte.

“¿Qué significa ‘salvarme’?”, le pregunté.

“No te puede prometer la vida”, me explicó Desesperación. “Es posible que las dos terminéis en el fondo del mar, entre peces y conchas”, insistía e insistía.

Por eso, le respondí con un grito seco: “Seré yo quién salve a mí mamá”.

Desesperación reía y me decía que eso no podía ser porque yo no tenía la suficiente fuerza para hacerlo.

“Pero, ¿qué dices? Así como ella me alimenta y me lleva en su seno, yo la alimentaré y ella caminará sobre el fondo del mar. Yo seré su oxígeno, su máscara y su traje de buzo”, le espeté.

Desesperación me respondió: “Ahora entonces me llamo Ilusión”.

Ilusión era hermosa, como una medusa, como una flor de montaña o como el horizonte: “Pequeña, tienes razón. Tú salvarás a tu madre. Ella solo vive por ti. Ahora tumbada en la cubierta, —entre cuerpos de ancianos, hombres y niños, con los ojos en blanco, sed, hambre y jadeando, casi más muerta que viva—, si está viva es por ti”.

Rompí en llanto y le pregunté: “Sufre”.

“Mucho. Sueña contigo, pero no puede dormirse”, me respondió.

“Vete, vete. No quiero saber nada más de lo que le pasa”, le pedí a Ilusión.

Y en el fondo de esa noche oscura, Ilusión se marchó haciendo todo aún más lúgubre.

De ponto, un terremoto, como el torrente de agua que cae de la montaña, algo me empujó contra la pared de mi nave. Grité y grité, pero mi voz no se escuchaba.

Mientras, de ese lugar de vida o de muerte, llegaba ruido, miedo, brusquedad...

Y, en algunos momentos, un silencio sordo.

“No puedo más, mi niña”, decía mamá.

“¿Qué no puedes hacer mamá?”.

“Resistir”.

“¿Desde cuándo estamos en este barco?”.

“Muchos. He perdido la cuenta”.

“¿Y todavía estamos vivas?”

“Quizá. Pero nos rodean muchos muertos. Ha muerto el chico que me daba agua. Ha muerto la señora que me daba la mano”.

“Mamá, ¿quién guía el barco donde estamos?”

“La incertidumbre”.

“¿Y por qué no nos ayuda?”

“No sabe cómo hacerlo. Nunca ha ayudado a nadie”.

Así, me di cuenta de que hay quien nos da la espalda en tierras lejanas. Porque creen que a ellos no les va a pasar nunca lo que nos pasa a nosotros. Quizá sí lo vivieron sus antepasados. Pero ellos se sienten seguros porque dicen que es imposible que les pase”. “¿Estoy naciendo mamá?, ¿Estoy naciendo?”. Y entonces, alguien gritó: “¡Es un milagro!”.

Nacer en la cubierta de un barco

“Proteger la vida humana nunca puede ser una elección, es una obligación y ninguna excusa puede justificar no hacerlo, ninguna”, explicó **Óscar Camps**, fundador y director de la ONG Proactiva Open Arms. La niña, bautizada como **Miracle**, nació en la cubierta del barco de rescate pocos minutos después de que los voluntarios rescataran a **Peace**, ya de parto, y a su pareja **Simón**, ambos ghaneses. La imagen ha inspirado el relato de la escritora **Antonella Cilento**.

“Migrar es soñar”

Matteo Garrone es el director de la película ‘Io Capitano’

GLORIA SATTA

En *Io Capitano*, la potente película de **Matteo Garrone** sobre la odisea de los inmigrantes galardonada con el León de Plata en Venecia y elegida para representar a Italia en los Oscar, hay una escena que ha quedado impresa en el corazón de los espectadores. Es “la mujer que flota” que se le aparece al protagonista, el jovencísimo senegalés **Seydou Sarr**, caminando por el desierto del Sahara junto a otras personas desesperadas y decididas a llegar a Libia para subir a los barcos con destino a Europa. En realidad, esa mujer murió de cansancio y fue abandonada en la arena sin mirar atrás, entre otros cadáveres, por el despiadado esclavista que guiaba a los migrantes hacia el mar. Pero Seydou, que había intentado ayudarla, se imagina flotando en el aire para alejar el horror de ese viaje lleno de peligros, violencia y muerte.

De la película a la vida. Esa mujer, que se llama **Beátrice**, es marfileña y, después de haber conocido el infierno como su personaje, vive ahora cerca de Roma, en Fregene, en casa de la madre de Garrone, con la perspectiva de encontrar un trabajo. Un pequeño gran “milagro” logrado por la película que el director romano realizó al recopilar las historias reales de quienes arriesgaron sus vidas para tener un futuro mejor en nuestro continente. Y entre los protagonistas de estas historias, no todas

con final feliz, hay muchas mujeres que emprenden este viaje. Son jóvenes y mayores, analfabetas o instruidas y, muchas veces, están embarazadas.

¿Como ha conocido a Béatrice?

La elegí para Marruecos con otros extras, todas personas que realmente habían hecho la travesía. Ella también había iniciado el viaje a pie y luego quedó varada en el desierto después de ver morir de hambre a sus compañeros. Una vez terminada la película, la invité al Festival de Cine de Venecia como a los demás actores. Y quiso quedarse en Italia, donde fue acogida por mi madre y comenzó el proceso de regularización. Su testimonio fue muy importante para mí.

¿Qué más ha descubierto a partir del relato de las mujeres africanas?

Que muchas de ellas son violadas durante el viaje. Mis colaboradores, todos personas que conocen los hechos por haberlos vivido en primera persona, me revelaron que en el desierto de vez en cuando el jeep con los inmigrantes a bordo se detenía y el conductor escogía a una o dos mujeres para violarlas. Luego volvía a emprender la marcha y, al cabo de unos kilómetros, el horror se repetía. Al final del viaje, casi todas habían sufrido abusos.

¿Porqué “Io Capitano”, no refleja esto?

A decir verdad, me arrepiento de no haber incluido el episodio de la violación. Pero temía que pudiera parecer exagerado en una película que, llena de momentos



muy dramáticos, cuenta una realidad ya de por sí espantosa.

¿Son muchas las mujeres embarazadas que afrontan la travesía?

Sí, y parten a pesar de sus condiciones. Así me lo confirmó **Fofanà Amara**, el joven guineano de quince años que inspiró mi película. Hace diez años los contrabandistas lo obligaron a conducir un barco con 250 inmigrantes a bordo, sin siquiera saber nadar, y tan pronto como llegó al puerto de Sicilia fue encarcelado durante seis meses. Dijo que detuvo la embarcación y pidió ayuda para salvar a una mujer que estaba a punto de dar a luz cuya vida y la de su bebé corrían peligro.

Otro de los personajes que deja huella es la madre de Seydou, contraria a la partida de su hijo. ¿Es común entre las madres africanas?

Sí, conocen los peligros del viaje y no quieren perder a sus hijos. Seydou pertenece a una familia que vive en una pobreza digna y quiere ir a Europa en busca de aventuras, para tener nuevas oportunidades de triunfar como músico. Es el sueño

Los caminos de Suzan y Josephine

Las huellas de las madres en Sudán del Sur, de sus largas y agotadoras horas de viaje, en busca de un espacio para traer al mundo a sus hijos, se reconocen en la tierra roja de la sabana. Ni el viento más fuerte, ni la guerra pasada, llegan a borrarlas.

Entre ellas está el rastro de **Suzan**, con poco más de veinte años. Su perfil dulce y espigado va acompañado del silencio más reservado. Poco a poco en su rostro se dibuja una sonrisa. Suzan está a punto de tener un

bebé. La conozco gracias a la organización Médicos con África CUAMM a través de una serie de encuentros virtuales. Su historia nos habla de las dificultades de un país donde hoy la mortalidad materna es de 789 mujeres por cada 100.000 nacidos vivos, la mortalidad neonatal es de 60 por cada 1.000 nacidos vivos y la de niños menores de 5 años es de 93 por 1.000.

Sudán del Sur es uno de los estados más jóvenes del mundo, pero debido a una dolorosa pa-

radoja, también es uno de esos territorios donde nacer ahora es una hazaña y morir joven es una triste rutina provocada por las muchas cuestiones críticas que afligen a su pueblo. Suzan vive en un pueblo no lejos de Lui, en el suroeste de Sudán del Sur, un rincón del planeta que difícilmente se llega a encontrar pese a las coordenadas satelitales. Cuando intentas encontrar una forma de diálogo con ella, comprendes que las palabras no son su lenguaje, sino que lo

GIUSEPPE CARRIERI

Un documental aborda la búsqueda de un hospital para dar a luz

es una gramática de miradas. Y luego está su fuerza. La fuerza muscular y sentimental con la que, caminando sin parar, ha buscado no solo un hospital, sino un refugio para la niña que está por nacer.

Se llamará **Josephine**, pero antes de que vea la luz lo único que importa son los kilómetros que le quedan por recorrer, de día y



Desde la mirada del otro

Io Capitano, dirigida por **Matteo Garrone**, trata sobre la migración africana a Europa y se inspira en las historias reales de algunos jóvenes. La película cuenta la historia de dos adolescentes senegaleses, los primos **Seydou** y **Moussa**, que aspiran a vivir en Europa. Contra la voluntad de su madre, abandonan su país enfrentándose a un desierto salpicado de cadáveres de los que no lograron sobrevivir, los horrores de las cárceles en Libia y la peligrosa travesía por el mar Mediterráneo. La historia está narrada desde su punto de vista. Los chicos no huyen de la pobreza ni de la guerra. Parten felices porque aspiran a una vida mejor. Luego vendrá el dolor, el abatimiento y la desesperación. Como en una *Odisea* contemporánea, la esperanza acaba regresando. El héroe-capitán es Seydou. Cuando llegan momentos duros y arriesgados y todo se vuelve oscuro, en vez de pensar solo en su supervivencia o en su propio beneficio, se hace cargo de sus compañeros de viaje y los lleva a su destino.

Matteo Garrone, el director, escuchó y recogió testimonios de quienes afrontaron ese terrible viaje. Una película, en lengua wolof, sobre los migrantes y la capacidad y la libertad de soñar.

que nos empujó, a su edad, a ir a América con la diferencia de que a nosotros nos permitieron viajar mientras a ellos se lo impiden. Pero en África también hay otras madres además de la de Seydou.

¿Ellas que piensan?

Son partidarias de que sus hijos tengan un futuro mejor y promueven colectas en el seno de la familia para ayudar al más inteligente a salir adelante, el que es capaz de desenvolverse a pesar de los peligros que habrá en su camino.

El film ha obtenido un gran éxito de público y se verá en todo el mundo. ¿Cómo se lo explica?

Creo que llega al corazón de espectadores de todas las edades, clases sociales y niveles culturales. Cuenta la historia universal y emocionalmente cautivadora de un joven que persigue un sueño. También habla de una tragedia que la gente cree conocer pero que esta vez podrán vivir desde dentro. Vale para todo el mundo.

¿Cree que el cine puede influir en la opinión pública sobre la migración y lo que opina una parte de la política?

No sé si mi película puede cambiar las cosas, pero sí puede sensibilizar a la gente y convencerles de que, detrás del “fenómeno” de los desembarcos más allá de las cifras de inmigrantes que nos da la actualidad, hay seres humanos con sueños y deseos. Querer negarlas es la gran injusticia que quería denunciar.

Ha mostrado su película al Papa, ¿cómo recuerda ese encuentro?

Recuerdo la mirada del Santo Padre que te llega directa al corazón y su capacidad para tranquilizar a la gente. Después de hablar un rato con él, me dio la impresión de que lo conocía desde siempre... El Papa Francisco dijo que las imágenes de la película le parecieron muy intensas y habló del drama de una época. Creo que entendió mi deseo de actuar como intermediario para dar voz a los migrantes que él mismo definió como héroes contemporáneos.

Garrone, ¿es usted creyente?

Sí, lo soy.

Más allá del éxito de taquilla o de la candidatura a los Óscars, ¿de qué está más orgulloso?

De haber puesto mi parte a la hora de denunciar un sistema profundamente injusto que impide a miles de personas perseguir sus sueños, intentar mejorar su calidad de vida o ampliar sus horizontes. Es como si emprendiera el viaje con mis personajes, con la misma rabia y la misma esperanza.

de noche, en unos pasos rabiosos consumidos por el hambre entre un calor furioso. Suzan, como si no tuviera cuerpo, equipada solo con una botella de plástico que cada vez contiene menos agua, lleva un ritmo inquebrantable. Así descubrimos entonces lo que significa ser madre. Significa resistir y amar sin cesar contra las propias fuerzas. Significa seguir adelante.

CUAMM está presente en el país desde 2006 y, a pesar de la inestabilidad política y las grandes brechas socioeconómicas, nunca deja de llegar a mujeres como ella y a muchas otras



madres jóvenes. En Lui hay un hospital que atiende a más de 145.000 personas, además de a los territorios vecinos y a otras zonas limítrofes en una región donde todo parece inaccesible. Suzan, al final de todo el recorrido, llega hasta allí. Durante todo este tiempo siempre ha estado sola. Nunca ha tenido a un marido o compañero a su lado. Su tenacidad está alimentada por el motor de su soledad. Cuando llegó al hospital no dejaba de mirar a todas partes. Era como una estrella en todo su esplendor en una órbita que nunca le había pertenecido.

Siendo testigos del fenómeno, nos aferramos a esta idea de maternidad como viaje en una migración de vida en vida. No es solo una película, la nuestra, que rodamos cerca de montañas sin nombre y sabana nunca vista. No, la vida de Suzan y Josephine es algo que fluye más allá de todos los límites. Es la urgencia de un significado que todos admiramos como el mayor prodigio capaz siempre de repetirse. Al primer grito de Josephine, tras haber sobrevivido decenas y decenas de kilómetros sin descanso, comprendemos que todo puede ser posible.

Las madres metafóricas

Las mujeres de la Biblia son las protectoras de la comunidad

AMY-JILL LEVINE

Durante mis conversaciones con grupos de mujeres en las parroquias, suelo pedir a las participantes que expliquen sus impresiones sobre las “mujeres en la Biblia”. Una de las respuestas más frecuentes es la sensación de que se valora a las mujeres como esposas y madres. La Biblia no elogia esos roles ni los considera indispensables. De hecho, la Biblia recoge la historia de muchas mujeres, no solo por casarse y tener hijos, sino también por sus forma de guiar o proteger a otros lo que las convierte en simbólicas “madres en Israel”. Además, estos roles tradicionalmente maternos también se atribuyen a Jerusalén, a la tierra, a la Sabiduría, a **Pablo**, a **Jesús** y a **Dios**.

Presentamos algunas de las figuras del AT, identificadas como femeninas, a quienes se recuerda por haber dado vida, alimento y protección a la comunidad.

1. **El Libro del Éxodo presenta a la profetisa Miriam, quien protege a su hermano recién nacido, Moisés** (2, 4-9) y luego dirige a las mujeres israelitas en la celebración litúrgica en el Mar Rojo (15, 20-21). También está la hija del Faraón, que adopta a Moisés, le da un nombre y lo cría (2, 10). Al proteger a ese niño israelita desafía la orden de su padre de ahogar a todos los niños judíos en el Nilo. Finalmente están las parteras **Sifra** y **Pua**, quienes a su vez desobedecieron la ley y salvaron a los niños judíos (1, 21).
2. **En el Libro de los Jueces encontramos a Débora, que es a la vez profetisa y líder militar.** Muchas de las traducciones la presentan como “Débora, esposa de Lapidot” (4, 4), la expresión hebrea *eshet lapidot* significa “mujer de llamas”: “Se interrumpió la vida de los pueblos, se interrumpió en Israel, y yo, Débora, me puse en pie, me puse en pie como una madre en Israel” (5, 7). Es madre porque da sabios consejos, une a las tribus israelitas y lleva a su pueblo a la victoria. Conocemos a **Yael**, quien maternalmente le da a beber un poco de leche al general enemigo **Sísara** y lo cubre (4, 19), y luego le clava una estaca en la cabeza.
3. **El Libro de Ester** cuenta cómo una mujer judía supera la violencia de ser reclutada en el harén del rey de Persia, se convierte

en reina y luego utiliza su inteligencia, junto con los dones de la naturaleza, para salvar a su pueblo del genocidio.

4. **La heroína del Libro de Judit** no solo da una lección de teología a los ancianos de la comunidad y salva a su pueblo encantando, seduciendo y decapitando al general (con su propia espada), sino que encabeza la procesión de celebración en el templo de Jerusalén donde las mujeres comandan y los hombres las siguen.
5. **En el Libro de Isaías (49, 22) se habla de Sión (es decir, Jerusalén) como de una madre**, y en el 66, 8-11, se ofrece una larga metáfora de Jerusalén que se pone de parto, da a luz y alimenta a sus hijos. Hablando de la Jerusalén celestial, en Gálatas (4:26) Pablo se inspira precisamente en esta tradición.
6. **En la Sabiduría de Salomón** (7, 12) y en el Eclesiástico (15, 2-5) la Sabiduría es descrita como madre.
7. Entre las metáforas maternas que se aplican a Dios, es ejemplar la de **Isaías** 49, 15. En respuesta a las oraciones del pueblo judío exiliado en Babilonia, Dios responde: “¿Puede una madre olvidar al niño que amamanta, no tener compasión del hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvidara, yo no te olvidaré”.

Estos mismos aspectos aparecen en el NT, donde junto a muchas mujeres recordadas por acontecimientos distintos del embarazo y el parto, encontramos imágenes maternas asociadas a Jesús, a Pablo y a la Iglesia. Aquí hay siete ejemplos más.



1. Mientras Jesús enseña, una mujer se le acerca y le dice: “¡Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te criaron!”. Él responde: “Mejor, bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen” (Lucas 11, 27-28). A las mujeres de la Iglesia que enfrentan la esterilidad y que no están llamadas a la castidad, este versículo es un gran consuelo.
2. **María Magdalena, María y Marta, Susana y Juana**, la mujer que unge la cabeza de Jesús (Marcos 14, 3-11 // Mateo 26, 6-16), la mujer samaritana que Jesús encuentra junto al pozo y otras mujeres discípulas son importantes por su fidelidad a Jesús, no por el matrimonio o los hijos.
3. No se habla por sus hijos de **Lidia**, la primera nueva discípula de Jesús en suelo europeo (Hechos 16, 14), de la diaconisa **Febe** (Romanos 16, 1), o de la apóstola **Junia** (Romanos 16, 7).
4. Jesús también puede ser considerado maternal. Él mismo se compara con una gallina que reúne a sus polluelos debajo de las alas (Mateo 23, 37 // Lucas 13, 34); además, como narra Juan 19, 34, cuando su costado es alcanzado por la lanza de un soldado, sale “sangre y agua”. Como sucede durante un parto.
5. En la Primera Carta a los Corintios (3, 1-2) Pablo describe su papel de dar de beber leche a sus “niños en Cristo”; a los Gálatas se les aparece como una mujer de parto (Gálatas 4, 19); y en la Primera Carta a los Tesalonicenses (2, 7) asume el papel de “madre [que] nutre y cuida de sus criaturas”.
6. Para Pablo, la tierra tiene un papel maternal ya que “toda la creación está gimiendo y sufre dolores de parto” (Romanos 8, 22).
7. Por último, en continuidad con la visión de Jerusalén o Sión como madre y la idea de personificar instituciones, ciudades, o naciones con rasgos femeninos, los cristianos han desarrollado la imagen de la Iglesia como madre. Por ejemplo, san **Cipriano** afirma que “nadie puede tener a Dios como Padre si no tiene a la Iglesia como Madre”, mientras que san **Agustín** habla del “vientre de la Iglesia Madre”, y de la Iglesia como “nuestra verdadera madre”. Esta metáfora permitió que todos los bautizados se consideraran hijos de una misma madre y por tanto hermanos.

Desde Líbano a Italia. En medio, guerras y conflictos internos, dolores y esperanzas, heridas y fe. Son los elementos del camino que va de Beirut a Pennabilli, en provincia de Rimini. Aquí, en el monasterio agustino de San Antonio de Padua, Abir Hanna comenzó su recorrido vocacional en 2003. En 2009 hizo los votos solemnes. En el mundo hay 80 monasterios de monjas contemplativas agustinas. La historia de la comunidad de Pennabilli, una de las 21 que hay en Italia, comenzó en 1816. Hoy en día está formada por 14 hermanas, desde los 27 a los 93 años. La historia de Abir comenzó en Beirut en 1975, en el seno de una familia cristiana. Ese año, la historia de Abir comienza con el comienzo de la guerra civil en su país, un conflicto que se prolonga hasta 1990 y en el que muere uno de sus hermanos de solo 21 años.

¿Qué tipo de formación espiritual ha recibido?

Mi infancia ha estado marcada por la guerra que se extendió desde 1975 a 1990 y por la posterior ocupación extranjera desde 1977 a 2005. En un momento dado, Líbano estaba ocupado por los grupos armados de la OLP, la Organización para la Liberación de Palestina. Vivíamos cerca de la línea verde que separaba Beirut en dos. Muchas veces pasábamos meses sin ir al colegio y era imposible hacer una vida normal. Pasábamos los días entre sacos de arena buscando un lugar seguro. Pero estas circunstancias no impidieron a mis padres transmitirme el Evangelio. Lo leíamos en familia y hasta en compañía de nuestros vecinos musulmanes.

¿Cómo descubrió su vocación?

De pequeña me hacía muchas preguntas sobre el sentido del sufrimiento. Soñaba con ser médico para salvar a los niños enfermos. Sufría por ver a los cristianos del Líbano armados hasta los dientes, engañados por la ideología que les convencía de tener que afirmar la propia identidad con la fuerza de las armas. De los Hechos de los Apóstoles aprendí cómo vivían los primeros cristianos. Aprendí que el camino es amar a nuestros enemigos. Esto era algo que me fascinaba, pero también me hacía daño porque no se correspondía con



“Mi bando es la vida”

Sor Abir Hanna ha forjado su vocación en la guerra libanesa

mi realidad. Interpelaba muchas veces a mi padre con esta pregunta: ¿Por qué los cristianos no vivimos como las primeras comunidades de Jerusalén? El encuentro con la vida monástica agustina, que es experiencia de comunión con las hermanas según el modelo de los primeros cristianos, es el espacio donde se encarna para mí la posibilidad de convertirme en quien deseo y estoy llamada a ser: una mujer de paz y de comunión. Antes de llegar aquí experimenté en mis propias carnes cómo se vive sin Cristo y sin Dios. Pasé por un tiempo de confusión, de oscuridad y de falta de valores. He visto el abismo sin fin del odio y he acogido la transformación que solo puede lograr el Evangelio encarnado en las relaciones fraternas.

Reconciliación

¿En qué punto está de su camino vocacional?

El verdadero desarme y la reconciliación profunda con el “enemigo”, que llevaba dentro de mí, se produjo y se sigue produciendo en la vida cotidiana del vínculo con mis hermanas y en el camino hacia la paz. En esta red fue naciendo en mí el deseo de reconciliación con los palestinos, sirios e israelíes que ocuparon mi tierra. *Hace dos años emprendió una licenciatura en el Pontificio Instituto Bíblico de Roma. Pasó seis meses en Jerusalén, en Israel, un país tradicionalmente enemigo del suyo. ¿Cómo recuerda esta experiencia?*

Fue el regalo de la vida que esperaba. Y, sobre todo, un desafío. Fui allí con una pregunta: ¿puedo ser una libanesa en Israel sin que se me vea como a una enemiga? Yendo a rezar al Muro de las Lamentaciones, comencé a vivir una experiencia que todavía hoy no llego a describir. Rezando junto a las mujeres israelíes, me embargó una enorme emoción. Comencé a sentir el dolor lacerante que la guerra y el odio han provocado en mi gente y en quien me rodea. Al mismo tiempo, me invadió un deseo de pacificación, de convertirme en “un lugar” donde se apaga la violencia porque habita la mansedumbre. Entendí que la paz es el origen que precede a las heridas de la historia.

El conflicto árabe-israelí ha vuelto a recrudecerse desde el 7 de octubre pasado. La violencia y la muerte han regresado a Israel y Gaza y el miedo a los países vecinos. ¿Qué camino se puede seguir para alcanzar la paz?

La conciencia de ser una superviviente de una guerra que ha ensangrentado el Líbano durante muchos años y que ha regresado de alguna forma en este último escenario de guerra terrible. En la guerra no te puedes escorar con uno u otro bando o armar a uno más que al otro. Esto solo lleva a aumentar el infierno de la guerra y a crear otros focos. En la guerra solo es posible ponerse del lado de las personas que forman cada una de las partes. Solo es posible ponerse en el bando de la vida.





Universidad Pontificia de Salamanca

UNIVERSIDAD DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Comprometidos con un futuro excelente



www.upsa.es

Universidad patrocinadora de este suplemento